La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

						K	
		J			3		
			2		L		
		M					
							2
						N	

SOLUCION

J= Dama; K=Rey; L=Torre; M=Caballo; N= Alfil.

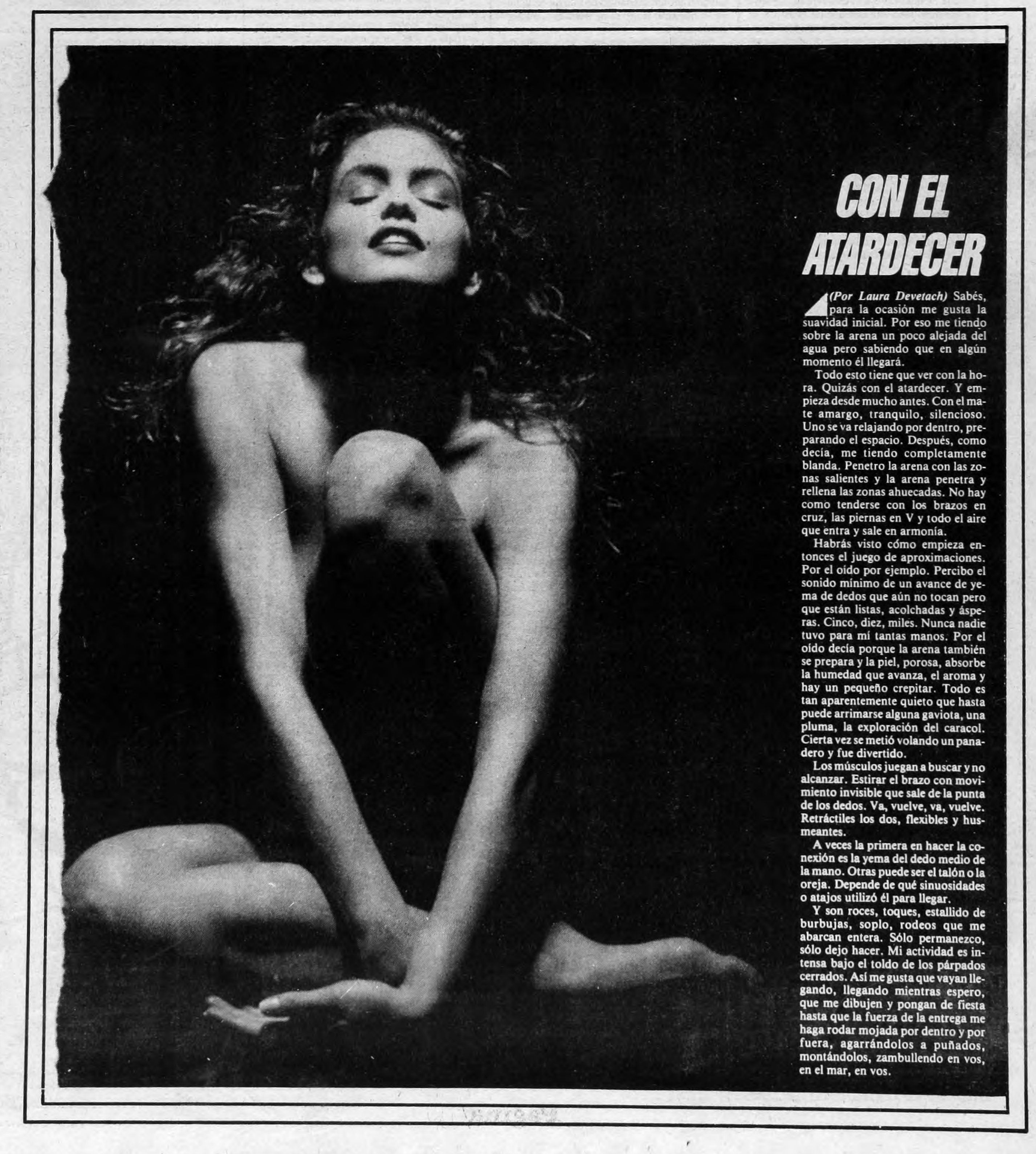
Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
1	8	4	3	0	1
2	6	4	5	1	1
9	1	0	6	1	0
1	0	8	5	0	1
1	7	3	0	1	1
8	7	9	3	1	0

SOLUCION 2704.

Verano/12



CON EL ATARDECER

(*Por Laura Devetach*) Sabés, para la ocasión me gusta la suavidad inicial. Por eso me tiendo sobre la arena un poco alejada del agua pero sabiendo que en algún momento él llegará.

Todo esto tiene que ver con la hora. Quizás con el atardecer. Y empieza desde mucho antes. Con el mate amargo, tranquilo, silencioso. Uno se va relajando por dentro, preparando el espacio. Después, como decía, me tiendo completamente blanda. Penetro la arena con las zonas salientes y la arena penetra y rellena las zonas ahuecadas. No hay como tenderse con los brazos en cruz, las piernas en V y todo el aire que entra y sale en armonía.

Habrás visto cómo empieza entonces el juego de aproximaciones. Por el oído por ejemplo. Percibo el sonido mínimo de un avance de yema de dedos que aún no tocan pero que están listas, acolchadas y ásperas. Cinco, diez, miles. Nunca nadie tuvo para mí tantas manos. Por el oído decía porque la arena también se prepara y la piel, porosa, absorbe la humedad que avanza, el aroma y hay un pequeño crepitar. Todo es tan aparentemente quieto que hasta puede arrimarse alguna gaviota, una pluma, la exploración del caracol. Cierta vez se metió volando un panadero y fue divertido.

Los músculos juegan a buscar y no alcanzar. Estirar el brazo con movimiento invisible que sale de la punta de los dedos. Va, vuelve, va, vuelve. Retráctiles los dos, flexibles y husmeantes.

A veces la primera en hacer la conexión es la yema del dedo medio de la mano. Otras puede ser el talón o la oreja. Depende de qué sinuosidades o atajos utilizó él para llegar.

Y son roces, toques, estallido de burbujas, soplo, rodeos que me abarcan entera. Sólo permanezco, sólo dejo hacer. Mi actividad es intensa bajo el toldo de los párpados cerrados. Así me gusta que vayan llegando, llegando mientras espero, que me dibujen y pongan de fiesta hasta que la fuerza de la entrega me haga rodar mojada por dentro y por fuera, agarrándolos a puñados, montándolos, zambullendo en vos, en el mar, en vos.

LAS NOCHES DE LA ESPUMA

POR EDUARDO MILEWICZ

No vamos a poder salir. Perdoná, tengo que cuidar al chico. Al chico, pensé como un imbécil, claro. Ella se metió en el living; cerré la puerta y la seguí. Era bastante lindo: alfombra verde limón, tapices, almohadones, la silueta de la bombachita en el contraluz del pantalón.

—¿No te lo dije? Ornella.

No me lo había dicho; nos conocimos esa misma tarde en la heladería. Ella entró arrastrándolo con bastante esfuerzo. Llevaba un conjunto negro, sandalias blancas, vincha turquesa. Pero lo que verdaderamente me puso loco fue descubrirle el tajo a la pollera. Y yo chanka trun trun empecé a pegarle al mostrador como un candombe. El chico me respondió con algo bastante parecido a un aplauso.

Chanka trun trun, ella abandonó al chico y fue hasta la caja. No tuve más que ponerme en la cola, silbar a Los Abuelos. Ella se dio vuelta y me dijo Los Abuelos. Verle los ojos, recordar el tajo. Me salió todo junto y no tenía nada que ver con el amor. Después ella pidió que se lo bañaran en chocolate y yo le pedí la dirección o el teléfono o la vincha. Tres chupaditas y quedamos en que la pasaba a buscar a las nueve.

—Perdoná. Me olvidé de avisarte, pero tengo que cuidarlo.

Cuidarlo, claro. Yo lo miraba y lo miraba sin poder adivinar cuántos años tenía. Ellos son así.

—Ornella. ¿Pero no te lo había dicho?

No pareció interesarse por saber mi nombre. Anabella, Pamella, da igual. No son nombres de mujer sino de película italiana. Y ella se movía por la alfombra como si estuviera en plena filmación. Le dio un beso al chico, le acarició el poco pelo y le dijo: jugá con el tío.

—Enseguida vuelvo. No te asustes, es muy tranquilo. Hay buena música.

Y yo era el tío, qué joda. Ahora sé que ella me dejó a solas con él para ver si la cosa andaba. Puse "Yendo de la cama al living". Me senté sobre un almohadón pero al rato me tuve que parar a causa de mi ornella-erección. En ese momento el chico me observaba con sus ojitos de esquimal.

No era lo que se dice simpático. Gordito, petiso, blanco amarillo chorreando saliva por el mentón. A pesar de todo un hermano es un hermano. Cuántos años tenés, pregunté, y eso provocó en él un sorprendente eructito con sonrisa de foca.

Hice dos o tres pavadas como para seguirle la corriente: una vuelta carnero, el sonido de una trompeta. Encendí un fósforo y me lo metí en la boca. Eso pareció gustarle. Aplaudía, me contestó haciendo algo así como el ruido de una moto. Era un buen chico; se lo dije.

Exactamente en ese instante ella volvió. Conservaba la vincha y yo mi erección.

Qué buen tema.

Excelente. Y se puso a bailar, supuse que para los dos. Unas vueltitas, le apretaba el botón de la nariz al chico y seguía con inmejorables contorsiones. Era un fenómeno, el hermanito sentado en su almohadón se movía adelante atrás con ritmo de ola atómica de algún lejano planeta.

No todo era para el chico: dos pasitos y una caricia que también pretendió a mi nariz pero que supe definir como un mordiscón al esmalte de uñas, obviamente turquesa.

Era una gran noche, de esas que uno nunca puede saber qué mierda hizo para merecérsela. Se lo dije, y ella en agradecimiento se tiró arriba de mí y yo era un astronauta alunizando con mis dos manos en su culo y la ola atómica ahora respiraba como si hubiera terminado de correr un maratón.

Sin darme tiempo a nada, se levantó. Buscó unas pastillitas y un vaso de agua; todo junto se lo encajó al chico. Ella estaba más pendiente de él que de mi polvo cósmico.

También me levanté. Me planté detrás de su cola como en la heladería, ella estaba cambiando el disco. Cuántos años tiene, le pregunté.

—Muchos —dijo mirándolo con la dulzura con que se mira a uno de tres—, es más grande que yo.

No te puedo creer. Te juro. No jodás. Así negociamos un rato hasta que sorpresivamente se puso seria, una seriedad que me conmovió porque no combinaba ni con las cortinas ni con los muebles de caña, y solamente por eso le creí.

—Hace un tiempo que vivo con él —me susurró al oído cuidando de que no escuchara—, mientras tanto es mi hermano, mi hermano mayor.

Sonreí sin saber por qué, pero a ella mi sonrisa no le gustó. Como para reparar mi error, le propuse que nos fuéramos al dormitorio. Necesitaba con urgencia algo íntimo, sin intrusos. No apto para ojitos de esquimal.

Ornella caminó la pasarela; como si se tratara de un rito seleccionó un par de almohadones y los instaló al lado del chico, que no era realmente un chico. El apoyó el honguito de su cabeza sobre las piernas de ella. En mi vida había visto alguien así.

—Acá. Tenemos que quedarnos acá —dijo Ornella y bajó los ojos con resignación—: no se lo puede dejar solo. Nunca.

Eso me quedó grabado. Pensé que todo estaba perdido cuando ella me llamó estirando la mano, como suplicándome que no abandonara la misión. Con mucho cuidado se lo sacó de encima y lo sentó como debe sentarse a los nenes buenos.

—Por favor. No tengas miedo.

Había que hacerlo, por algo uno es macho. Me hizo un lugar y quedamos los tres instalados en la misma fila. Insistí con firmeza en las inequívocas ventajas de la intimidad. Los dos hermanos se miraron. Cambiando con dramatismo de tema, me empujó hasta dejarme acostado. Empezó a besarme como si realmente importara, no necesitaba de mi participación. De tanto en tanto se incorporaba, exploraba desde las alturas y después volvía al ataque. Una trompeta sonó, mi nuca clavada contra la rodilla de él, y ella sacó de su estuche mi saxo tenor. Y la respiración del chico o lo que mierda fuera fumigándome la piel, obligándome a vibrar con sus contracciones y jadear con sus bufidos. Cuando pude volver a Ornella la encontré seria, mirándolo al otro, cumpliendo con su deber.

—Esperá —dijo ella—, vos esperá acá.

La trompeta seguía, y yo sin poder enterarme de lo que venía pasando. En Ornella no había placer, eso era obvio, cara de obediencia y nada más. Todo había sido hecho por él, para él. Que seguía jadeando, sentadito como un espectador, esperando que siguiera la función que no sé cómo carajo nos había obligado a representar. Lo mejor era irse. Ornella tardaba. Se habrá encerrado en el baño, supuse, en una pieza, contra un rincón. Una tregua que se tomaba con la tranquilidad de dejar su papel en buenas manos.

Ni tiempo tuve de pensar que las buenas manos eran las mías, lucidez de retardado. Sonó un portazo, él me clavó los ojos. Ella ya lo había resuelto.

No fui al baño ni al dormitorio, directamente a la puerta para comprobar cómo Ornella y el ascensor se alejaban.

Podría haberme escapado. Tiré un puñetazo a la puerta, escuché un brf, volví al living: se había caído del almohadón y parecía una tortuga boca arriba.

Lo alcé para acomodarlo y se apretó contra mi cuerpo con esa violencia que ellos suelen tener. Brf. Brf. Le limpié la baba del mentón.

No había que dejarlo solo, nunca. Como una maldición. No podía creer que Ornella se hubiera ido. Acomodé su camisa adentro del pantalón. A dar un paseo, nada más, entrar en una heladería sin la obligación de arrastrar a nadie. Gracias a mí tendría una noche libre. Quizá, también, un hombre. Por ella, para ella. Brf. Le alcancé un vaso con agua, lo ayudé a tomarla. Apoyó el honguito entre mis piernas. Calculé que ella tardaría unas cuantas horas en volver.

No se lo puede dejar solo. Parecen tan indefensos pero se las ingenian para dominarnos a todos. Me levanté, no sé si para cambiar el disco, apagar la luz o escaparme. No fue simplemente un llanto: venía con tos, chiflidos, electricidad. Y la cabeza la sacudía como un péndulo pero en cámara rápida.

Y así toda la noche. Me alejaba unos metros y él me amenazaba con sus muecas de terremoto. Volvía y renacía la calma, entrecortada a veces por eructitos como advertencias.

Ya el sol empezaba a entrar. Había que preparar el desayuno, comprar cigarrillos, quién sabe cambiarlo. Seguía dormido. Ornella estaría leyendo el diario. Todo fue una trampa, no creo que se llame Ornella. El anzuelo, el levante, la gran noche de carnada. Se metería en un bar, café con leche, medialunas de manteca. Por ella, para ella. Planearía una vida que recién empezaba a saborear.

Son casi las doce. Esto no puede ser un hermano, ni mayor ni menor. Tuve poco tiempo para extrañar mi antigua libertad. Tiene un sueño muy liviano, no le gusta dibujar ni empujar cochecitos, prefiere que todo lo hago yo. Canto, hablo, leo, puteo, son el único espectáculo. Como Ornella, que no va a volver. Ya ni siquiera la odio.

Mi hermano, mi hermano mayor, repito todo el tiempo tratando de convencerme. Brf. Brf. Quizá mañana, pasado, algún día encuentre a alguien. Como hizo ella. Silbar a Los Abuelos y que todo siga como tiene que seguir.

Brf. Brf. Sí, ya sé. Ahora hay que bañarlo.



LAS NOCHES DE LA ESPUMA

POR EDUARDO MILEWICZ

No vamos a poder salir. Perdoná, tengo que cuidar al chico. Al chico, pensé como un imbécil, claro. Ella se metió en el living; cerré la puerta y la seguí. Era bastante lindo: alfombra verde limón, tapices, almohadones, la silueta de la bombachita en el contraluz del pantalón.

—¿No te lo dije? Ornella.

No me lo había dicho; nos conocimos esa misma tarde en la heladería. Ella entró arrastrándolo con bastante esfuerzo. Llevaba un conjunto negro, sandalias blancas, vincha turquesa. Pero lo que verdaderamente me puso loco fue descubrirle el tajo a la pollera. Y yo chanka trun trun empecé a pegarle al mostrador como un candombe. El chico me respondió con algo bastante parecido a un aplauso.

Chanka trun trun, ella abandonó al chico y fue hasta la caja. No tuve más que ponerme en la cola, silbar a Los ALuelos. Ella se dio vuelta y me dijo Los Abuelos. Verle los ojos, recordar el tajo. Me salió todo junto y no tenía nada que ver con el amor. Después ella pidió que se lo bañaran en chocolate y yo le pedí la dirección o el teléfono o la vincha. Tres chupaditas y quedamos en que la pasaba a buscar a las nueve.

—Perdoná. Me olvidé de avisarte, pero tengo que cuidarlo.

Cuidarlo, claro. Yo lo miraba y lo miraba sin poder adivinar cuántos años tenía. Ellos son así.

—Ornella. ¿Pero no te lo había dicho?

No pareció interesarse por saber mi nombre. Anabella, Pamella, da igual. No son nombres de mujer sino de película italiana. Y ella se movía por la alfombra como si estuviera en plena filmación. Le dio un beso al chico, le acarició el poco pelo y le dijo: jugá con el tío.

—Enseguida vuelvo. No te asustes, es muy tranquilo. Hay buena música.

Y yo era el tío, qué joda. Ahora sé que ella me dejó a solas con él para ver si la cosa andaba. Puse "Yendo de la cama al living". Me senté sobre un almohadón pero al rato me tuve que parar a causa de mi ornella-erección. En ese momento el chico me observaba con sus ojitos de esquimal.

No era lo que se dice simpático. Gordito, petiso, blanco amarillo chorreando saliva por el mentón. A pesar de todo un hermano es un hermano. Cuántos años tenés, pregunté, y eso provocó en él un sorprendente eructito con sonrisa de foca.

Hice dos o tres pavadas como para seguirle la corriente: una vuelta carnero, el sonido de una trompeta. Encendí un fósforo y me lo metí en la boca. Eso pareció gustarle. Aplaudía, me contestó haciendo algo así como el ruido de una moto. Era un buen chico; se lo dije.

Exactamente en ese instante ella volvió. Conservaba la vincha y yo mi erección.

Qué buen tema.

Excelente. Y se puso a bailar, supuse que para los dos. Unas vueltitas, le apretaba el botón de la nariz al chico y seguía con inmejorables contorsiones. Era un fenómeno, el hermanito sentado en su almohadón se movía adelante atrás con ritmo de ola atómica de algún lejano planeta.

No todo era para el chico: dos pasitos y una caricia que también pretendió a mi nariz pero que supe definir como un mordiscón al esmalte de uñas, obviamente turquesa.

Era una gran noche, de esas que uno nunca puede saber qué mierda hizo para merecérsela. Se lo dije, y ella en agradecimiento se tiró arriba de mí y yo era un astronauta alunizando con mis dos manos en su culo y la ola atómica ahora respiraba como si hubiera terminado de correr un maratón.

Sin darme tiempo a nada, se levantó. Buscó unas pastillitas y un vaso de agua; todo junto se lo encajó al chico. Ella estaba más pendiente de él que de mi polvo cósmico.

También me levanté. Me planté detrás de su cola como en la heladería, ella estaba cambiando el disco. Cuántos años tiene, le pregunté.

—Muchos —dijo mirándolo con la dulzura con que se mira a uno de tres—, es más grande que yo.

No te puedo creer. Te juro. No jodás. Así negociamos un rato hasta que sorpresivamente se puso seria, una seriedad que me conmovió porque no combinaba ni con las cortinas ni con los muebles de caña, y solamente por eso le creí.

—Hace un tiempo que vivo con él —me susurró al oído cuidando de que no escuchara—, mientras tanto es mi hermano, mi hermano mayor.

Sonreí sin saber por qué, pero a ella mi sonrisa no le gustó. Como para reparar mi error, le propuse que nos fuéramos al dormitorio. Necesitaba con urgencia algo íntimo, sin intrusos. No apto para ojitos de esquimal.

Ornella caminó la pasarela; como si se tratara de un rito seleccionó un par de almohadones y los instaló al lado del chico, que no era realmente un chico. El apoyó el honguito de su cabeza sobre las piernas de ella. En mi vida había visto alguien así.

—Acá. Tenemos que quedarnos acá —dijo Ornella y bajó los ojos con resignación—: no se lo puede dejar solo. Nunca.

Eso me quedó grabado. Pensé que todo estaba perdido cuando ella me llamó estirando la mano, como suplicándome que no abandonara la misión. Con mucho cuidado se lo sacó de encima y lo sentó como debe sentarse a los nenes buenos.

—Por favor. No tengas miedo.

Había que hacerlo, por algo uno es macho. Me hizo un lugar y quedamos los tres instalados en la misma fila. Insistí con firmeza en las inequívocas ventajas de la intimidad. Los dos hermanos se miraron. Cambiando con dramatismo de tema, me empujó hasta dejarme acostado. Empezó a besarme como si realmente importara, no necesitaba de mi participación. De tanto en tanto se incorporaba, exploraba desde las alturas y después volvía al ataque. Una trompeta sonó, mi nuca clavada contra la rodilla de él, y ella sacó de su estuche mi saxo tenor. Y la respiración del chico o lo que mierda fuera fumigándome la piel, obligándome a vibrar con sus contracciones y jadear con sus bufidos. Cuando pude volver a Ornella la encontré seria, mirándolo al otro, cumpliendo con su deber.

—Esperá —dijo ella—, vos esperá acá.

La trompeta seguía, y yo sin poder enterarme de lo que venía pasando. En Ornella no había placer, eso era obvio, cara de obediencia y nada más. Todo había sido hecho por él, para él. Que seguía jadeando, sentadito como un espectador, esperando que siguiera la función que no sé cómo carajo nos había obligado a representar. Lo mejor era irse. Ornella tardaba. Se habrá encerrado en el baño, supuse, en una pieza, contra un rincón. Una tregua que se tomaba con la tranquilidad de dejar su papel en buenas manos.

Ni tiempo tuve de pensar que las buenas manos eran las mías, lucidez de retardado. Sonó un portazo, él me clavó los ojos. Ella ya lo había resuelto.

No fui al baño ni al dormitorio, directamente a la puerta para comprobar cómo Ornella y el ascensor se alejaban.

Podría haberme escapado. Tiré un puñetazo a la puerta, escuché un brf, volví al living: se había caído del almohadón y parecía una tortuga boca arriba.

Lo alcé para acomodarlo y se apretó contra mi cuerpo con esa violencia que ellos suelen tener. Brf. Brf. Le limpié la baba del mentón.

No había que dejarlo solo, nunca. Como una maldición. No podía creer que Ornella se hubiera ido. Acomodé su camisa adentro del pantalón. A dar un paseo, nada más, entrar en una heladería sin la obligación de arrastrar a nadie. Gracias a mí tendría una noche libre. Quizá, también, un hombre. Por ella, para ella. Brf. Le alcancé un vaso con agua, lo ayudé a tomarla. Apoyó el honguito entre mis piernas. Calculé que ella tardaría unas cuantas horas en volver.

No se lo puede dejar solo. Parecen tan indefensos pero se las ingenian para dominarnos a todos. Me levanté, no sé si para cambiar el disco, apagar la luz o escaparme. No fue simplemente un llanto: venía con tos, chiflidos, electricidad. Y la cabeza la sacudía como un péndulo pero en cámara rápida.

Y así toda la noche. Me alejaba unos metros y él me amenazaba con sus muecas de terremoto. Volvía y renacía la calma, entrecortada a veces por eructitos como advertencias.

Ya el sol empezaba a entrar. Había que preparar el desayuno, comprar cigarrillos, quién sabe cambiarlo. Seguía dormido. Ornella estaría leyendo el diario. Todo fue una trampa, no creo que se llame Ornella. El anzuelo, el levante, la gran noche de carnada. Se metería en un bar, café con leche, medialunas de manteca. Por ella, para ella. Planearía una vida que recién empezaba a saborear.

Son casi las doce. Esto no puede ser un hermano, ni mayor ni menor. Tuve poco tiempo para extrañar mi antigua libertad. Tiene un sueño muy liviano, no le gusta dibujar ni empujar cochecitos, prefiere que todo lo hago yo. Canto, hablo, leo, puteo, son el único espectáculo. Como Ornella, que no va a volver. Ya ni siquiera la odio.

Mi hermano, mi hermano mayor, repito todo el tiempo tratando de convencerme. Brf. Brf. Quizá mañana, pasado, algún día encuentre a alguien. Como hizo ella. Silbar a Los Abuelos y que todo siga como tiene que seguir.

Brf. Brf. Sí, ya sé. Ahora hay que bañarlo.

Eduardo Milewicz nació en Buenos Aires en 1958. Colaboró en las revistas "Humor", "Caín", "Canta Rock" y "Uno Mismo". Fue secretario de redacción de la publicación "Confabulario". En 1984 recibió el premio literario de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y en 1986, también en el género cuento, fue Premio Roberto Arlt, de la Editorial Universitaria de Buenos Aires. Milewicz es además realizador de TV y videasta. Su último video, "Seda negra", fue seleccionado por el ICI para la muestra madrileña de video argentino, obtuvo el premio a la mejor idea y guión de la Sociedad Argentina de Videastas y el Gran Premio del octavo concurso nacional de Cine y Video Independientes (Cipolletti, Río Negro).

HERMANO MAYOR

POR EDUARDO MILEWICZ

"Las cosas suceden cuando ya han sucedido."
C. Pavese

Edy Hoffmann cayó por el Patriot a eso de la una y media. Bajó una cerveza junto a la barra. Estaba tocando "Inercia". El vocalista se había ensañado contra el micrófono como si éste fuera el culpable de todos sus males. Al mismo tiempo, inicitaba al público a conjurar la depresión mediante el suicidio.

Dos tetas mal protegidas por un top de encaje se apoyaron entre la barra y el codo de Hoffmann. Eran de Mónica Eme, quien lo besó en los labios al modo en que suelen hacerlo gran cantidad de prostitutas. Un beso leve, distante, los ojos cerrados, la boca como una barricada. Pero no era prostituta. Se había recibido de psicóloga social. También estudiaba diseño gráfico. Vendía cosméticos Mary Kay.

Ella acomodó sus tetas en el interior del top y después, le susurró algo al oído.

Hoffmann fingió asombro. Una tibia resistencia. Después, sacó la billetera, dudó unos instantes y dijo:

—No me hagas trampa.

—¿Alguna vez te cagué?

—Siempre.

Los dos sonrieron. Volvieron a besarse con la misma frialdad. Acto seguido, Eme atrapó los dos billetes y se alejó.

Roni Buich, una suerte de Bucowski argentino, mucho más joven y en peor estado, subió al escenario. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de cowboy. Cuatro velas alrededor del ala. Una oreja de gomaespuma en homenaje a Van Gogh.

Durante unos minutos interminables, Buich permaneció mudo, escrutando en dirección al público. Después, como si hubiera arribado a alguna conclusión, dijo:

"Lo siento. No es casual que yo esté acá, arriba. Y ustedes allá abajo indiferenciados protozoos de la oscuridad. Si pudieran plantarse en mi lugar, les resultaría sencillo distinguir el estigma en la jeta que delata, en cada función, al que debe hacer de público."

—Los lúcidos terminan por ser los más ingenuos —comentó una voz a su lado.

Era Pavlosky, irritado por el número de Buich:

—No soporto a los nenes malos. Sacan urticaria a las musas. Convidame una cerveza.

Hoffmann aceptó. Los dos chocaron sus vasitos de plástico blanco. Pavlosky tenía puesta una nariz roja de clown y los elásticos que la sujetaban formaban estrías violetas en la piel recién maquillada.

—Vos viniste para verme a mí, ¿no es cierto? —preguntó el payaso.

En ese preciso momento, Eme y sus tetas pasaron por delante de Hoffmann. Ella hizo una seña advirtiendo que estaba todo OK y desapareció entre la muchedumbre y la oscuridad.

Hoffmann pensó en seguirla. No le preocupaba tanto la suerte de esos dos billetes sino su destino como hombre. Pero la mano de Pavlosky había aferrado la suya, mientras explicaba la naturaleza de su próximo número, con tanta vehemencia que, por momentos, su voz tapaba a la de Buich.

Hoffmann no podría precisar si se había distraído o se encontraba bajo los efectos de una nueva forma de atención. Lo cierto es que, de repente, se encontró a sí mismo observando fotografías, ovaladas y sepias, de bebés regordetes, aprisionados bajo el vidrio de la barra.

Una criatura con piel imitación boa cayéndole sobre los hombros, acercó sus labios hasta la oreja de Hoffmann y con voz exageradamente grave, confesó:

—Adoro a los párvulos. Son bellos, tiernos, fáciles de engañar.

—A mí también me gustan —se apuró en admitir Pavlosky. Después la tomó de la cintura—. Pero en este planeta, la única diosa sos vos.

La única diosa, ahora, intentaba ocultar los puntos corridos de sus medias de nylon negras.

—Vos debés ser un romántico de aquellos —le sugirió a Hoffmann—. Yo también. Enloquezco por un vestido de novia.

—Y yo por un smoking —agregó Pavlosky haciendo sonar una pequeña trompeta de cotillón.

—Me la pasaría llorando toda la noche de bodas...

—Las sábanas manchadas de sangre...

—¿No ves que sos un guaso?

—Pero te amo —dijo el payaso y fue lo único que en esa noche sonaba a conmovedor—. Perdón, ¿ustedes dos se conocen?

—No tuve ese privilegio. Daniel Castro —dijo la diosa extendiendo la mano.

Hoffmann se vio obligado a besarla. Después, pidió disculpas y se dirigió al baño.

Sabía que ella no tardaría en pasar por ahí.

Se plantó entre las dos puertas. Vio entrar y salir, como de un confesionario, a buena cantidad de fieles. Al cabo de unos minutos, apareció Eme, diciendo:

—¿Y, creés o no creés en mí?

—Depende —respondió él.

—Típica respuesta de moishe. Los judíos son un pueblo que necesita demasiadas pruebas para creer —sentenció Mónica.

—¿Te parece que este es el sitio indicado para hablar de cuestiones vinculadas a la fe?

—No. Entremos.

Mónica Eme se metió en el "Caballeros". El la siguió. Debían aguardar a que uno de los confesionarios se desocupara.

Finalmente, Hoffmann y Eme entraron.

Ella se inclinó para servir y, aún más, en el momento de jalar. Hoffmann no intentó disimular su mirada al interior del top, casi de incrédulo, ese par de tetas. Mónica lo advirtió y entonces, llevó el canuto de la birome a su boca, chupando largamente para después pasarlo.

Hoffmann aspiró una de las rayas y se detuvo. Ella había avanzado hasta quedar detrás suyo; apretó sus senos contra los de él y desde ahí, pegó otro saque.

Cuando no quedó sobre la tapa del inodoro ni una sola pizca, comenzaron a besarse automáticamente y con cierta dosis de desesperación. Ella ascendió más rápido y tomó la delantera. Abandonó los labios, demoró menos de una fracción de segundo en derrotar al cierre relámpago y, colocar sobre la palma abierta de su mano, una verga tensa.

—¿Preparo otra? —preguntó ella, dando claramente a entender todo.

Hoffmann, a un mismo tiempo, olió mierda, oyó a dos que discutían afuera, temió que esos senos sean pura silicona, imaginó su pija salpicada por un acné blanco, y dijo:

—No.

—¿Cómo?

—Es un presentimiento. Casi una profecía que se cumple.

—¿Qué te pasa?

—Siempre sospeché que nosotros dos íbamos a terminar convirtiéndonos en una porno para bancarios.

Cuando regresaron a la barra, la mujer amagó con irse pero Hoffmann le sujetó la mano.

—¿A dónde vas?

—A buscarme alguno menos moralista.

—¿Cuánto queda?

—Medio gramo —respondió ella.

—Volvamos al tema de la fe. Uno: los judíos somos el pueblo elegido. Dos: no creo en vos. Tres: no me volvés a engañar nunca más.

—¿Algún otro punto?

—Sí. Cuatro: queda un gramo todavía. Ni tuyo, ni mío. Un bien conyugal. El último.

Entonces, la que había sido su esposa, se estrecharía contra su cuerpo, besaría sus labios con dulzura, casi con delicadeza, como devolviendo crueldad con crueldad.

LECTURAS

HERMANO MAYOR

POR EDUARDO MILEWICZ

"Las cosas suceden cuando ya han sucedido."
C. Pavese

Edy Hoffmann cayó por el Patriot a eso de la una y media. Bajó una cerveza junto a la barra. Estaba tocando "Inercia". El vocalista se había ensañado contra el micrófono como si éste fuera el culpable de todos sus males. Al mismo tiempo, inicitaba al público a conjurar la depresión mediante el suicidio.

Dos tetas mal protegidas por un top de encaje se apoyaron entre la barra y el codo de Hoffmann. Eran de Mónica Eme, quien lo besó en los labios al modo en que suelen hacerlo gran cantidad de prostitutas. Un beso leve, distante, los ojos cerrados, la boca como una barricada. Pero no era prostituta. Se había recibido de psicóloga social. También estudiaba diseño gráfico. Vendía cosméticos Mary Kay.

Ella acomodó sus tetas en el interior del top y después, le susurró algo al oído.

Hoffmann fingió asombro. Una tibia resistencia. Después, sacó la billetera, dudó unos instantes y dijo:

—No me hagas trampa.

—¿Alguna vez te cagué?

—Siempre.

Los dos sonrieron. Volvieron a besarse con la misma frialdad. Acto seguido, Eme atrapó los dos billetes y se alejó.

Roni Buich, una suerte de Bucowski argentino, mucho más joven y en peor estado, subió al escenario. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de cowboy. Cuatro velas alrededor del ala. Una oreja de gomaespuma en homenaje a Van Gogh.

Durante unos minutos interminables, Buich permaneció mudo, escrutando en dirección al público. Después, como si hubiera arribado a alguna conclusión, dijo:

"Lo siento. No es casual que yo esté acá, arriba. Y ustedes allá abajo indiferenciados protozoos de la oscuridad. Si pudieran plantarse en mi lugar, les resultaría sencillo distinguir el estigma en la jeta que delata, en cada función, al que debe hacer de público."

—Los lúcidos terminan por ser los más ingenuos —comentó una voz a su lado.

Era Pavlosky, irritado por el número de Buich:

—No soporto a los nenes malos. Sacan urticaria a las musas. Convidame una cerveza.

Hoffmann aceptó. Los dos chocaron sus vasitos de plástico blanco. Pavlosky tenía puesta una nariz roja de clown y los elásticos que la sujetaban formaban estrías violetas en la piel recién maquillada.

—Vos viniste para verme a mí, ¿no es cierto? —preguntó el payaso.

En ese preciso momento, Eme y sus tetas pasaron por delante de Hoffmann. Ella hizo una seña advirtiendo que estaba todo OK y desapareció entre la muchedumbre y la oscuridad.

Hoffmann pensó en seguirla. No le preocupaba tanto la suerte de esos dos billetes sino su destino como hombre. Pero la mano de Pavlosky había aferrado la suya, mientras explicaba la naturaleza de su próximo número, con tanta vehemencia que, por momentos, su voz tapaba a la de Buich.

Hoffmann no podría precisar si se había distraído o se encontraba bajo los efectos de una nueva forma de atención. Lo cierto es que, de repente, se encontró a sí mismo observando fotografías, ovaladas y sepias, de bebés regordetes, aprisionados bajo el vidrio de la barra.

Una criatura con piel imitación boa cayéndole sobre los hombros, acercó sus labios hasta la oreja de Hoffmann y con voz exageradamente grave, confesó:

—Adoro a los párvulos. Son bellos, tiernos, fáciles de engañar.

—A mí también me gustan —se apuró en admitir Pavlosky. Después la tomó de la cintura—. Pero en este planeta, la única diosa sos vos.

La única diosa, ahora, intentaba ocultar los puntos corridos de sus medias de nylon negras.

—Vos debés ser un romántico de aquellos —le sugirió a Hoffmann—. Yo también. Enloquezco por un vestido de novia.

—Y yo por un smoking —agregó Pavlosky haciendo sonar una pequeña trompeta de cotillón.

—Me la pasaría llorando toda la noche de bodas...

—Las sábanas manchadas de sangre...

—¿No ves que sos un guaso?

—Pero te amo —dijo el payaso y fue lo único que en esa noche sonaba a conmovedor—. Perdón, ¿ustedes dos se conocen?

—No tuve ese privilegio. Daniel Castro —dijo la diosa extendiendo la mano.

Hoffmann se vio obligado a besarla. Después, pidió disculpas y se dirigió al baño.

Sabía que ella no tardaría en pasar por ahí.

Se plantó entre las dos puertas. Vio entrar y salir, como de un confesionario, a buena cantidad de fieles. Al cabo de unos minutos, apareció Eme, diciendo:

—¿Y, creés o no creés en mí?

—Depende —respondió él.

—Típica respuesta de moishe. Los judíos son un pueblo que necesita demasiadas pruebas para creer —sentenció Mónica.

—¿Te parece que este es el sitio indicado para hablar de cuestiones vinculadas a la fe?

—No. Entremos.

Mónica Eme se metió en el "Caballeros". El la siguió. Debían aguardar a que uno de los confesionarios se desocupara.

Finalmente, Hoffmann y Eme entraron.

Ella se inclinó para servir y, aún más, en el momento de jalar. Hoffmann no intentó disimular su mirada al interior del top, casi de incrédulo, ese par de tetas. Mónica lo advirtió y entonces, llevó el canuto de la birome a su boca, chupando largamente para después pasarlo.

Hoffmann aspiró una de las rayas y se detuvo. Ella había avanzado hasta quedar detrás suyo; apretó sus senos contra los de él y desde ahí, pegó otro saque.

Cuando no quedó sobre la tapa del inodoro ni una sola pizca, comenzaron a besarse automáticamente y con cierta dosis de desesperación. Ella ascendió más rápido y tomó la delantera. Abandonó los labios, demoró menos de una fracción de segundo en derrotar al cierre relámpago y, colocar sobre la palma abierta de su mano, una verga tensa.

—¿Preparo otra? —preguntó ella, dando claramente a entender todo.

Hoffmann, a un mismo tiempo, olió mierda, oyó a dos que discutían afuera, temió que esos senos sean pura silicona, imaginó su pija salpicada por un acné blanco, y dijo:

—No.

—¿Cómo?

—Es un presentimiento. Casi una profecía que se cumple.

—¿Qué te pasa?

—Siempre sospeché que nosotros dos íbamos a terminar convirtiéndonos en una porno para bancarios.

Cuando regresaron a la barra, la mujer amagó con irse pero Hoffmann le sujetó la mano.

—¿A dónde vas?

—A buscarme alguno menos moralista.

—¿Cuánto queda?

—Medio gramo —respondió ella.

—Volvamos al tema de la fe. Uno: los judíos somos el pueblo elegido. Dos: no creo en vos. Tres: no me volvés a engañar nunca más.

—¿Algún otro punto?

—Sí. Cuatro: queda un gramo todavía. Ni tuyo, ni mío. Un bien conyugal. El último.

Entonces, la que había sido su esposa, se estrecharía contra su cuerpo, besaría sus labios con dulzura, casi con delicadeza, como devolviendo crueldad con crueldad.



Eduardo Milewicz nació en Buenos Aires en 1958. Colaboró en las revistas "Humor", "Caín", "Canta Rock" y "Uno Mismo". Fue secretario de redacción de la publicación "Confabulario". En 1984 recibió el premio literario de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y en 1986, también en el género cuento, fue Premio Roberto Arlt, de la Editorial Universitaria de Buenos Aires. Milewicz es además realizador de TV y videasta. Su último video, "Seda negra", fue seleccionado por el ICI para la muestra madrileña de video argentino, obtuvo el premio a la mejor idea y guión de la Sociedad Argentina de Videastas y el Gran Premio del octavo concurso nacional de Cine y Video Independientes (Cipolletti, Río Negro).

MAR DEL PLATA

El teatro de la escoba: La obra teatral que más premios Estrella de Mar recibió, *Brujas*, se presenta en el Teatro Atlas de martes a domingo en el horario de las 21.30 y las 23.30. La pieza, de Santiago Moncada, dirigida por Luis Agustoni narra la historia de un grupo de mujeres que compartieron su adolescencia en un internado y que vuelven a encontrarse veinticinco años después. Chismes, recuerdos y una cantidad de trapitos al sol en la obra interpretada por Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán y Graciela Dufau. Cinco brujas para una escoba playera.

La debacle show: Tal el título del espectáculo que presentan las Gambas al Ajillo de martes a domingo en el horario de las 22.30 en el Teatro Colón. Ellas son Alejandra Flechner, María José Gabín, Verónica Llinás, Laura Marker y el invitado crónico, Miguel Fernando Alonso. Humor filoso y despiadado en el que las Gambas se ríen de los achaques que trae la vejez, de las idas y vueltas de una histérica de manual y de todo lo que tenga que ver con el sexo y sus alrededores. Tras una exitosa temporada en el Teatro Empire de Buenos Aires, las ex reinas del underground —porque bien se sabe que ahora se lucen en la superficie— hacen de las suyas en estas playas.

Para subir al cielo: Cuando los años les pesan sobre las espaldas, dos amigos deciden pilotear los recuerdos para volar hacia el pasado. Tal eje de *Aeroplanos*, la obra teatral escrita y dirigida por Carlos Gorostiza que interpretan Carlos Carella y Pepe Novoa de martes a domingo a las 21 y a las 23 en el Teatro Roberto J. Payró ubicado en Boulevard Marítimo 2280. Una invitación para subirse a la nostalgia. La pieza obtuvo dos premios Estrella de

S.O.L
S O S T E N I D O

Mar: mejor autor nacional y mejor actor.

Mar del Plata no cree en lágrimas: Esa parece ser la consigna local a juzgar por el éxito de público que supo conseguir en esta temporada de bolsillos pobres, el espectáculo titulado *Volumen III* que presenta el grupo Midachi en el Teatro Neptuno de martes a domingo, en el horario de las 22. Tras su exitosa labor teatral en Buenos Aires, los desenfadados santafesinos —Miguel del Sel, Dady Brieva y Chino Volpato— siguieron ganando espectadores en las tablas marplatenses.

Amores con estampilla: En los tiempos en que las comunicaciones marchan con la rapidez del fax y el DDI, más de un romántico incurable prefiere el viejo método de las cartas, cuando de amor se trata. Bettiana Blum y Arturo Bonín, dirigidos por Oscar Barney Finn, cuentan en *Love letters (Cartas de amor)* la relación de una pareja a través de su correspondencia. La pieza de Gurney, en versión de Fernando Masllorens y Federico González del Pino, tras una larga temporada con elenco rotativo en la cartelera porteña, se presenta en el Teatro Corrientes II de martes a domingo en el horario de las 22.

Alejandro Kacero



Graciela Dufau, una de las cinco "Brujas" dirigidas por Luis Agustoni.

ORTODOXO

1	2	3	4	5	■	6	7	8	9	10
11					■	12				
13		■	14					■	15	
16		17			■	18		19		
20					■	21				
22		■	23		24			■	25	
26		27	■	28			■	29		
	■	30	31	■		■	32		■	
■	33			34		35			36	■
37					■	38				39
40				■	■	■	41			

HORIZONTALES

1. Era, edad.
6. Quitar la vida, asesinar.
11. Sin compañía (fem., pl.).
12. Edicto del zar.
13. Símbolo del praseodimio.
14. Actividad psíquica del dormir.
15. Opus.
16. Cadena montañosa americana.
18. Isla de Grecia.
20. Mazo de cartas para predecir el futuro.
21. Cuidar, vigilar.
22. Abreviatura de usted.
23. Extraer, quitar.
25. Otorga, entrega.
26. Alabanza.
28. Cabeza de ganado vacuno.
29. Gran extensión de agua salada.
30. Forma de pronombre.
32. Letra griega.
33. Obrero que trabaja el cartón.
37. Girar, dar vueltas.
38. Ubica a mayor distancia.
40. Juntes, adoses.
41. Mamífero plantígrado.

VERTICALES

1. Paleta pequeña.
2. Huracán.
3. Contracción.
4. Acción de pasear (pl.).
5. Causar susto o miedo.
6. Juguete propio de las niñas (pl.).
7. Admitir, recibir.
8. Símbolo del tantalio.
9. Motín, reunión turbulenta.
10. Arreglaré, compondré.
17. Abreviatura de doctor.
19. Símbolo del ilinio.
24. Cantidad de elementos de un conjunto vacío.
27. Querida, adorada.
29. Observes.
31. Existías.
32. Cabello.
33. Preposición.
34. Abreviatura de trino.
35. Símbolo del sodio.
36. Organo que sirve para la visión.
37. Símbolo del rutenio.
39. El primero entre los de su especie.



